

como dice el señor Lanjallais, *Pater familias*, tiene potestad sobre sus hijos... Pues bien, habiendo muerto mi hijo, y el señor de Farges, soy el dueño absoluto del destino de la hija del señor de Navailles, mi hijo. Lo que yo mande, ¡vive Dios! ¡que tendrá que hacerlo!

Agostino no estaba tan persuadido como el marqués de la docilidad de la condesa Luisa. Pero contaba consigo mismo para triunfar de la resistencia. ¿Qué medios emplearía? Lo ignoraba. Seducción, táctica, estrategia amorosa, quizás un lazo, ya vería...

Lo seguro por el pronto era que tenía un aliado en la plaza, y que su sueño embriagador era su fortuna.

¿Y Teresa? Cosa extraña, no la había olvidado; todavía la amaba. Recordaba sus grandes ojos aterciopelados, su ardiente palidez, su cuerpo escultural, y todo lo que había de insaciable en su amor, no hastiado, despertaba en él recuerdos desesperantes de voluptuosidades perdidas; pero al momento ahogaba aquellos sentimientos abrasadores. ¿Qué le importaba Teresa, puesto que lo que necesitaba era recobrar su fortuna comprometida y ocupar de nuevo su lugar en el mundo?

Cuando Luisa fuese marquesa de Olona entonces podría pensar en la sobrina de Chambaud, y tratar de volver a encontrarla, de agotar la sensación y terminar aquella novela como había terminado tantas otras, no como vencido, sino como vencedor desdeñoso, cansado de su victoria.

Pero antes que Teresa estaba Luisa.

La condesa quedó sorprendida cuando, una mañana, el marqués de Navailles, que casi siempre la suplicaba que pasase á su cuarto, se hizo anunciar por Catalina Magnac.

¡El marqués en las habitaciones de Luisa! Aquello era un acontecimiento extraordinario.

La señora de Farges acababa de peinarse.

—Mi querida hija—dijo el marqués,—os ruego me dispenseis que venga á molestaros, pero esta noche no he podido desechiar de mi cabeza una idea, y me he decidido á hablaros de un asunto.... grave.

Y recalcó esta palabra.

—¿Grave?—dijo riendose la condesita.—En verdad señor marqués que me haceis temblar, por que me parece adivinar cual es ese asunto tan solemne.

—Entonces me evitais el trabajo de que os lo diga...

—¿Me habeis encontrado algun marido?

—¡Eso mismo! Sois una mujer de talento. ¿Cómo lo habeis adivinado?

—Los presentimientos—dijo la joven riendose—anuncian el peligro.

—Vuestros presentimientos no os han engañado. En efecto, lo que vengo á proponeros es un marido.

—Respecto á eso, señor marqués, á pesar de la confianza que me inspira vuestra eleccion, y á pesar del respeto que os debo, permitidme que no os deje seguir adelante. Aunque vuestro marido fuese el fénix de los esposos, lo rechazaría.

—¿Por qué?

—Porque no quiero casarme.

—Hay, en efecto, alguna impertinencia en volverse á casar, siendo viuda. Es querer, hasta cierto punto, desafiar á la suerte. Casarse es una tontería; pero volverse á casar, es una locura, ¡ya lo sé! ¡No obstante, la razon debe dictar las acciones de este mundo! Escuchadme, hija mia: sois muy joven y yo muy viejo. Aunque hecho á macha martillo, puedo desaparecer de un dia á otro, yo no sé cuándo, lo confieso; pero se han visto cosas más sorprendentes; no lo negareis. Pues bien, os aseguro que no me sería agradable dejaros sola, y pasando á través de la sociedad actual, tan mezclada y tan odiosa, sin tener un brazo en qué apoyaros.

—¡Bah, bah,—dijo Luisa enseñando sus bonitos dientes blancos.—Nunca faltarán caballeros *serventes*.

—Precisamente para alejar esa pandilla, es por lo que deseo que tengais un esposo digno de vos, querida mia.

—¿Un esposo? Traducid: ¡Un tirano!

Aún se sonreia; pero se habia puesto algo más seria, y sus negros y soñadores ojos vislumbraban una lejana imagen. ¿Cuál? ¡Aquel fantasma tenia acaso la mirada franca y los rubios bigotes del coronel de Solignac?

—¿De modo que pretendéis llegar á ser una viuda inconsolable, casi una solterona?—preguntó el marqués.

—No digo tanto; pero aún me queda tiempo para pensarlo—respondió Luisa vivamente.

—Toda mujer que no es madre, es tan inútil como un ave de paso—dijo el señor de Navailles.

—¿No os gustan los niños?

La condesita miró al anciano, y dijo, ruborizándose:

—¡Al contrario, me encantan!

Y le pareció oír una lejana música que se asemejaba á la risa encantadora de aquellos pequeños seres.

—Vamos—dijo el marqués,—no habeis sido creada para dejar que se apegaminen vuestras mejillas, se arrugue vuestra frente y los años deterioren vuestra belleza. Os he hallado un marido, que os presentaré, y seriais la más imprudente de las mujeres, de las que la mayor parte son locas, si no le permitiéseis haceros la corte.

—¿Podeis estar seguro que no se lo permitiré!

—Antes de responder, dejadme que os diga quién es él, y lo que es.

—¡Habia de ser Amadis y no lo aceptaria!

—Es noble necesariamente...

—¡Tanto mejor para él!

—Joven, valiente, arrogante...

—¡Son raras cualidades!

—¡Tiene el título de marqués!

—¡No aspiro á compartirlo!

—Es el amigo íntimo, el confidente de S. M. Luis XVIII!

—¡Debe tenerme en poco aprecio, puesto que voy á las Tullerías!

—¿El?... ¡Os ama, y eso se lo hará olvidar todo!

—¡Ah!... ¿Me ama? ¡Entonces, debo conocerlo!

—¡Os ha sido presentado!

—Decidme en seguida su nombre, para saber á quién rehusó.

—¡Es el marqués Agostino de Olona!

Al oír aquel nombre, Luisa palideció. Presentóse á su imaginación Andreina, y permaneció un momento sin responder.

Luego, con firme y seco tono:

—Pues cen él, ménos que con nadie—dijo.

—¿Por qué?—preguntó el marqués.

—¡Por nada!

—¡Ah!... Dispensad, condesa—dijo el anciano con tono de autoridad.—Tengo el derecho de saber lo que oculta esa reticencia. El marqués de Olona es uno de mis amigos y....

—Pues bien, preguntadle qué es lo que hace en París su hermana la señorita de Olona....

M. de Navailles movía la cabeza.

—Sí, sí, comprendo...; pero esas son cosas más graves que nuestra entrevista... La señorita de Olona hace en París lo mismo que el marqués... prepara la vuelta de... No, yo os haré conocer eso más adelante. ¡Basteos saber que ese matrimonio me agrada, que me parece excelente, y recordar que el señor de Navailles, vuestro padre, os hizo jurar en su lecho de muerte que obedeceríais á vuestro abuelo en todo y por todo!

—No lo he olvidado—dijo Luisa de Farges con seriedad,—pero mi padre no podía daros el derecho de disponer de mi vida!

—Yo no dispongo de vuestra existencia, os

aconsejo solamente que la deis un objeto. Por el momento cortemos esta cuestión. Ya sabéis en lo que fundo mi esperanza, permitidme creer, hija mía, que no me causareis el gran dolor de verla desvanecida. Si eso sucediese, tened presente que mi firme decisión os impondría la obediencia, en nombre del que ya no existe, de vuestro padre!

Permaneció un momento silencioso, y luego, de repente:

—No comprendo vuestra negativa sino en el caso en que ya tuviérais hecha vuestra elección ó amáseis á alguno! ¿Amáis á alguien?

—¿Yo?—repuso Luisa.

—Dispensadme la pregunta, pero un abuelo...

No amo á nadie—dijo la jóven con voz tranquila, pero llena de una melancolía que desmentía sus palabras, y que pasó inadvertida para el señor de Navailles.

—Entonces todo va bien—repuso el abuelo.—Reflexionad. Por mi parte, ya lo sabéis; lo dicho dicho. Adios, hija mía.

Aquella entrevista, que terminó bastante bruscamente, y con una advertencia algo amenazadora, dejó á Luisa profundamente triste é inquieta. No preveía ningún peligro real, y consideraba como un capricho pasajero, como un afecto repentino de anciano, el interés que demostraba el señor de Navailles por el hermano de Andreina. Pero también pensaba que las resoluciones del viejo marqués eran siempre implacables, y temía la terquedad que encerraba aquel cráneo.

El recuerdo de la noche cruel y desgarradora en que el hijo del anciano había hecho jurar á Luisa que obedecería siempre á su abuelo, «como á él mismo», se aparecía á la pobre mujer y la atormentaba.

Luego, aquel nombre de Olona, aquel italiano á quien apenas conocía y que se mezclaba en su vida, aquel marqués hermano de una mujer cuyo nombre no podía oír pronunciar la condesa sin un pequeño movimiento de ira inmediatamente reprimido, todas aquellas coincidencias hacían que Luisa estuviese temerosa y disgustada. El pobre Florival de Saint-Clair llegó aquel día en el momento oportuno para ser víctima de los nervios de la señora de Farges, que generalmente era la menos nerviosa, y la más sufrida de las mujeres.

El desgraciado poeta trató en vano de hablar á Luisa de la fuente de Vanelus, de la tumba de Laura, de las riberas del Lignon, y de los suspiros que se escapaban de su lira; la condesa le interrumpió al momento:

—¡Oh! callaos, por Dios, querido Saint-Clair,—le dijo.—Os aseguro, que hay momentos en que la poesía es irritante, ó inútil, como gustéis!

—A vuestras órdenes, condesa,—repuso Saint-Clair encarnado hasta las orejas.

«La musa puede esperar, porque es inmortal.»

Desde aquella entrevista, penosa en extremo, con el señor de Navailles, Luisa hacía todo lo posible para olvidar la imagen y el nombre de Solignac, que, sin cesar, se presentaba á

su mente y asomaba á sus labios. Algunas horas antes al preguntarla el anciano. «¿Amáis á alguien?» pensó en el coronel, y por un momento la contestación que estuvo á punto de dar fué: «No lo sé.» Lo cierto era que no lo sabía. Ella misma ignoraba el estado de su alma; pero de lo que estaba segura era del profundo interés que la inspiraba aquel valiente soldado, de las angustias que había pasado mientras estuvo allí agonizando. ¿Pero en realidad podía decir que le amaba?

Resistíase á la inclinación que la arrastraba hacia él, temiendo dejarse dominar por un sentimiento que no le produciría más que amargas decepciones.

Su convicción, ó quizás su terror, era que Solignac amaba todavía á Andreina.

Y si esto era cierto, ¿A qué pensar en aquel hombre? Pero ¿por qué el nombre de Enrique no se separaba de su pensamiento?

En el momento en que Saint-Clair se levantó para marcharse, la condesita no quiso ya recibir á nadie. Llamó á Catalina, que acudió en seguida, risueña, encarnada y brillando de alegría sus negros ojos.

—No recibo á nadie,—dijo la condesa.

—¡Oh! ¡a nadie, señora condesa!—dijo Catalina.—Me parece que el que pregunta por la señora no hallará cara de palo.

—¿Quién es?

—Nuestro herido, señora, el coronel. Ahí está con Castoret. Os ha dedicado su primera visita.

—¡El señor de Solignac!—dijo Luisa. — Que entre.

Cuando entró Solignac, sintió una profunda emoción y la sorprendió verse tan turbada delante de él y con los ojos casi llenos de lágrimas. Mientras estuvo débil y moribundo solo pensó en disputar á la muerte la existencia del herido; pero al verle pálido todavía, pero sonriéndose ya, con esa hermosa sonrisa de Ajax, sin fanfarronada, esperimentó un sentimiento complejo de orgullo por haber contribuido á la salvacion de aquel hombre, y casi de pena por no poderlo disputar nuevamente á la enfermedad.

El corazón de la mujeres encierra esa clase de rarezas. Lo que seducía á Andreina en Solignac era el sentimiento de la fuerza; lo que habia atraído á Luisa hácia aquel mismo hombre, era, al contrario, su debilidad y su dolor.

La condesa no pudo menos de expresar al coronel el gozo que sentia al verle completamente restablecido.

—¡Oh!—contestó el jóven—no desafiemos á la suerte, condesa. Yo vivo de milagro, y ese milagro lo habeis hecho vos. Pero la muerte es tenaz, y me tiene cogido del mismo modo que el usurero poseedor de un pagaré que puede presentar al pago de un momento á otro. A no dudarlo, todos nos hallamos en el mismo caso; sin embargo, mi deuda está más próxima.

Sonrióse y añadió:

—Mi pagaré ha sido protestado.

El coronel sostenia la conversacion en aquel

tono por miedo de dejar escapar en una palabra demasiado ardiente el secreto mismo de su alma. Experimentaba un gozo oculto en no revelar el sentimiento profundo que sentia. Era la timidez del poeta ó pintor, que habiendo concluido lo que considera como su obra maestra, no se atreve á enseñarla por temor á que le digan:—¡Te has engañado, pobre hombre! Solignac habia creído amar bastantes veces para saber que ahora amaba sincera y verdaderamente y esperimentaba un gozo intenso en saborear este amor, repitiéndose: *¡A moi!* antes de preguntarse: ¿Soy amado?

—¿Soy yo el mismo de otras veces?—se decia.

—¿Es posible que yo piense de ese modo? ¡Si casi no me conozco!

Complaciase, por consiguiente, en sostener la conversacion con Luisa en un tono semi-sério, para no demostrar su pasion. Tenia miedo de ser comprendido. El hermoso Solignac, Solignac el intrépido, temblaba.

—Vivo dichoso, condesa,—la decia—despues de haber vivido por costumbre.

Dominado, no obstante, á medida que hablaba, por una atraccion irresistible, sus palabras hicieron comprender á Luisa que vacilaba en cambiar de estilo y sin embargo tenia verdadero afan por dar á la conversacion un giro confidencial.

En aquel momento entró Catalina anunciando á la condesa otra visita.

—¿Una visita?

—Sin duda es algun amigo del señor marqués

—dijo la doncella—puesto que viene acompañado del señor de Navailles.

Luisa, que estaba sentada, se levantó precipitadamente.

—Apuesto a que se llama el marqués de Olona.

Y al volver á mirar á Solignac se asustó al ver la terrible espresion de sus azules ojos. Creyó que el solo nombre que llevaba Andreina producía en el coronel una emocion repentina, y la condesita sintió que el despecho se apoderaba de ella.

—Pues bien,—dijo hablando con la doncella que se habia inclinado como para decir: «En efecto, es él.»—decidle que no recibo. Adios, coronel—añadió dirigiéndose á sus habitaciones privadas, mientras que Catalina desaparecía.

—Señora—dijo Solignac, cuyos labios temblaban,—señora, una sola palabra, solo una... ¿Por qué os habeis estremecido cuando la muchacha anunció al marqués de Olona? ¡Oh! deícidmelo, yo os lo ruego. ¿Acaso os amenaza ese hombre? ¿Es enemigo vuestro?

—¿El?—repuso Luisa sonriendo.

Y su preciosa cara de gran señora de Watteau tomó una expresion, no acostumbrada, de ironía y desprecio.

—¿El? ¿Sabeis lo que viene á hacer aqui?

—¿El mal, porque esa es su mision en el mundo!

—Viene á pedir mi mano—dijo Luisa, levantando de nuevo las cortinas.

Solignac creyó que iba á desplomarse.

—¡Dios mio!—exclamó la joven.—¡Ah, Dios mio!

Volvió atrás, le cogió la mano instintivamente, y el coronel, en voz baja, dominando su emocion, más aún, su sufrimiento:

—¿Y le rechazais?—dijo casi suplicante.

—¿Que si le rechazo?—respondió Luisa, sin calcular el alcance de las palabras.—¡Sí, porque le aborrezco!

—¿Entonces le conoceis?

—No, no... pero...

Iba á añadir «¡Sé su nombre y basta!», pero se repuso al momento, y saludando con un gesto á Solignac:

—¿Os decia adios? No... ¡Hasta la vista!

Y desapareció.

Solignac quiso declararse y seguirla, ¿pero con qué derecho? Salió de aquel gabinete, lleno aún de sus recuerdos, y se reunió con Castoret, que le aguardaba conmovido.

—Mirad—le dijo el húsar.

Y señaló el jardín en donde estaba Agostino, despidiéndose del marqués de Navailles.

—El gesto del anciano parecia decir: «¡Paciencia! ¡Todo se arregla en este mundo! ¡Yo soy el amo! ¡Contad conmigo!»

El señor de Navailles, que vió al coronel, le echó de lejos una mirada de enojo, y luego se separó de Agostino.

El marqués de Olona se aproximaba para salir por la calle de Mont-Blanc al lugar en que Solignac y Castoret estaban parados.

Al verlos pareció vacilar un momento; pero luego, con ademán resuelto y la cabeza erguida, fué á pasar por su lado.

Solignac esperó á que el italiano estuviese á dos pasos de distancia, y entónces le dijo con la misma frialdad con que le hubiese abofeteado:

—Miradme bien y tened presente una cosa: que el hombre á quien no habeis podido matar, los matará!

Agostino no respondió.

Castoret, que sujetaba á Solignac, dispuesto á lanzarse sobre Ciampi, dijo al coronel al oído:

—¿Quieres que me adelante? ¿Quieres que lo estrangule, di?

—¡Te prohibo volver aquí, asesino cobarde!— continuó el coronel con mirada iracunda.

Agostino siguió andando en silencio, pasando por delante del grupo formado por los dos amigos.

Cuando iba á cruzar el portal se volvió hácia Solignac, y con voz estridente:

—¿Sabeis la divisa de los Olonas?—dijo con insolencia, como si sus palabras no pudiesen ser oídas por el portero ó por algun criado.— Pues ahí va traducida: *¡Al que me molesta, le destruyo!*

Y saludó con desdeñoso orgullo.

—A este hombre, el mejor día lo aplasto,— dijo Marcial.

—No,—repuso Solignac,—lo que he prometido lo cumplire. ¡Es preciso que solo de mi mano reciba el castigo!

IV.

La Opera.

Aun olvidando la siniestra tentativa de asesinato de que habia sido teatro el callejon que bordeaba las tapias del jardin de Andreina, el coronel tenia una razon capital para castigar al marqués de Olona. Solignac no olvidaba que el italiano habia dado un golpe aun más cruel al comandante Riviere.

—¡Un balazo puede curarse!—pensaba él,— pero una traicion es arma envenenada y esa no perdona.

En casa de la señorita de la Rigaudie, Solignac se habia sentido atraído hácia aquella mujer silenciosa y reflexiva en la que se adivinaba únicamente el dolor por la expresion de sus ojos sombríos, y que llevaba el nombre de su amigo.

Esperimentaba un vehemente deseo de hacer llegar á los oídos de aquella desgraciada, una palabra de esperanza. Teresa evitaba cuanto podia el encontrarse con él, no porque sintiese el menor temor ni la menor molestia; al contra-